



ITALIA.—Papiros en el Anapo.



EL RINOCERONTE LIBRANDO Á SU CACHORRO DE LAS GARRAS DEL TIGRE.—DIBUJO ORIGINAL DE O. FRENZEL.

(Véase la página 760)

Su viuda, la hermosa Elena, casóse más tarde con Juan Bautista van Broekoven, señor de Bergh-Eych.

Las más brillantes dotes del espíritu unidas á un físico altamente simpático y bello, adornaban al artista neerlandés. No sólo fué el primer pintor de su siglo si que también en todos los ramos del saber humano poseía extensos conocimientos, hablando con facilidad hasta siete lenguas.

Rubens ha sido llamado, y no sin razón, el Shakespeare de la pintura. Del mismo modo que el ilustre inglés ha señalado sus nuevos derroteros al drama moderno, el gran pintor flamenco ha encauzado el sentimiento estético en la corriente de la verdadera belleza, la natural. Ambos genios han corrido la misma suerte. Poco comprendidos y casi olvidados por las generaciones que les sucedieron, son en nuestros tiempos objeto de la admiración universal.—D.

EL RINOCERONTE LIBRANDO Á SU CACHORRO

DE LAS GARRAS DEL TIGRE.

DIBUJO ORIGINAL DE O. FRENZEL.

(Véase el grabado de las páginas 756 y 757).

Los sitios favoritos del rinoceronte son los espesos cañaverales que crecen junto á los ríos y en las orillas de los lagos. Cada año, en el mes de abril ó mayo, para la hembra un solo cachorro que cuida con una solicitud extraordinaria. Jamás le pierde de vista y sólo cuando vá á encenagarse en los próximos pantanos le deja solo por breves instantes. Los leones y los tigrés, que jamás atacan al rinoceronte, porque saben que nada pueden sus garras contra la dura é impenetrable piel del terrible paquidémico, acechan, sin embargo, la ocasión de hacer presa en algun cachorro, cuya carne parecen encontrar sabrosa.

Nuestro grabado representa una de aquellas muy comunes escenas en que habiendo ya clavado el tigre sus garras en un tierno rinoceronte, aparece furiosa por entre las cañas su madre, de cuya terrible cólera se libra el más cruel de los felinos apelando á la fuga.—D.

HÁCIA EL ABISMO.

Flotaba su blanco traje
ciñendo su talle breve,
y de su seno la nieve
dejaba ver el encaje;
por el ancho balconaje
fuegos del ocaso entraban,
cual aves, se despertaban
las notas bajo su mano,
y en el fondo del plano
gemían y palpitaban.

En el espejo frontero,
que se inclinaba ante ella,
temblaba su imagen bella
como en el lago el lucero;
las flores del jazminero
sus perfumes esparcían,
las mariposas venían
hacia la luz de sus ojos
y, entre dos claveles rojos,
antes de llegar morían.

Yo escuchaba embelesado
aquellas notas fugaces

que en ligerísimas haces
iban al cielo azulado;
pronto me sentí arrastrado
en armónica oleada,
el rayo de su mirada
sobre el azul rieló,
y mi alma se encontró
de la tierra separada.

De nácar precioso era
su rostro oval, y de modo
que era en él pálido todo
ménos su boca hechicera;
vaciadas en blanda cera
sus formas esculturales
daban líneas ideales
de voluptuoso estilo;
¡oh! ni la Venus de Milo
tuvo contornos iguales.

Nunca he podido olvidar
la tarde en que la encontré
hundiendo el menudo pié
entre las olas del mar;
Apeles no pudo hallar
Anadiodema mejor;
cuando el cuello seductor
dió al agua, con gracia suma,
oscurecióse la espuma
y se deshizo en redor.

¿Qué sentí? No lo concibo;
torcedor carnal y humano
que aun hace temblar la mano
con que estas líneas escribo:
la ola eterna que percibo
suave, inquieta, transparente,
que acaricia dulcemente
todo un mundo de belleza
y se rompe en mi cabeza
y se forma nuevamente...

Flotaba su rico traje
ciñendo su talle breve
y de su seno la nieve
dejaba ver el encaje;
en soberbio carruaje
altiva se reclinaba,
yo absorto la contemplaba,
las damas palidecían:
eran astros que caían
cuando aquel se levantaba.

Dominadora y triunfante
pasó también ante mí;
recuerdo que la seguí
con la mirada anhelante;
desde aquel fatal instante
ví mis glorias á sus piés,
¡quién pudo soñar, después,
qué mi amor y mis venturas
hollarán, las herraduras
de su tronco cordobés!

Al devorar los espacios
su rápida carretela,
iba dejando una estela
de brillantes y topacios;
á fantásticos palacios
me remolcaban sus trenes,
uno de aquellos vaivenes
aun mis pupilas empañía;
aun soporto la montañía
de sus fingidos desdenes.

Bólido que al descender
destruía plantas y flores,
en mis primeros amores
ha sido aquella mujer;
mi anciana madre, al saber
de mi existencia el derroche,
dijo al besar una noche
mi labio pálido y frío:
— ¡Válgame Dios, hijo mío,
vas hacia el abismo en coche!

Sevilla, 1887.

BENITO MÍAS Y PRAT.